

EL VIEJO Y JEHOVA

Manuel Moreno Barranco

París, Julio 1959

EL VIEJO Y JEHOVÁ

Manuel Moreno Barranco

Hace cinco días que espero sentado en la silla, delante de mi casa. No puede estar más tiempo sin venir a vernos. Yo no lo espero con el hacha levantada, porque no le tengo odio, pero sé que el Señor Dios vivo no le dejará traspasar nuestra puerta, matándolo con su rayo.

No está bien lo que ha hecho con nosotros. Seguro que tiene la conciencia sublevada y estará penando. Pero es inútil que llore, que gima o que se arrepienta. Hay un Dios que los viejos cristianos llaman Jehová, que no permitirá su existencia pecadora sobre la tierra.

Yo espero cada día sentado en mi puerta, con la escopeta que no usaré nunca, abatida a mis pies. Quiero ver al rayo del Señor que ha de herirle. Hay granitos de arena por el suelo que cuando él venga, se levantarán contra él. También hay piedras grandes junto al camino, que ellas solas se levantarán y le herirán donde más le duela, donde tenga más delicado el corazón, para, finalmente, matarlo. Yo estoy tranquilo porque sé que todo se cumplirá. Es así.

Puedo estar tranquilo, pero también puedo seguir pensando en lo que nos ha hecho. No ha estado bien y yo me siento implacable. Los ríos de nuestra tierra son lentos, pero avanzan sin cesar y parece que piensan, tan cuidadosa es su crecida cuando se desbordan para arrasar nuestros campos. Y yo siento que ahora mi sangre es un cuévano donde madura lentamente el trigo de la sabiduría. El me ilumina y yo sé lo que pasará, exactamente lo que pasará con este hombre que ha envenenado mi casa con su aliento y con su crimen.

Vino, y yo le recibí en mi casa, porque Dios manda ser samaritano¹, y yo cumplo los preceptos del Señor. Mi mujer también los cumple y también acogió con justicia al hombre venido por la vida. Dios nos manda acoger al viajero que se arrastra por la vida con espíritu de peregrino. Santa Olalla también es santa y manda recibirlos,

Cuando él, ya consolado de cuerpo y espíritu, pudo marchar, me suplicó quedarse. Yo le accedí, porque ya soy viejo y es bueno que el árbol vetusto, si no le quedan ya ramas propias, deje crecer a su lado a los árboles jóvenes extraños, porque así es la vida.

Se quedó, y empezó, sin nosotros verlo, a mirarnos de través, a mi mujer y a mí. A ella porque es joven aún y resucita la sangre cuando se la mira. A mí porque creen soy viejo y se piensa que no puedo cubrirla coma antaño. En lo que se equivocan, porque todavía mi savia es verde y hace sombra viril en nuestro lecho. Día llegará en que esa sombra se borre, pero entonces ya ella no tendrá necesidad de ser cubierta, porque sus pechos estarán arrugados de vivir y no soltarán leche.

¹ Samaritano es hombre de Samaria; aquí se suprime “buen” por agilidad estética.

Meses yo esperando quietamente la muerte, trabajando, viviendo, y rezando en el Señor. Como mi mujer, la que espera ahí dentro sepultura. Ella también, viviendo ajena al veneno que se destilaba lentamente en el corazón de aquel viajero que tiempos atrás habíamos acogido en nuestra casa.

Trabajamos, trabajaba él y trabajaba yo, y nuestros golpes de azada, viendo crecer la tierra a nuestro alrededor, se me antojaban flor de porvenir venturoso. Yo soy viejo, quizá desde hace sólo cinco días en que dejó gotear desde mi nariz hasta mi boca. Pero hace seis, cuando mi mujer estaba aun viva y yo la poseía una vez a la semana, yo me sentía joven, tan joven como el grañón negro que dirige cada mañana la manada hacia el valle. Mi mujer también se sentía muy joven, porque lo era intensamente antes de morir y porque yo la sentía palpar entre mis brazos cuando en el momento de poseerla se iniciaba conjunto nuestro galope de sangre. Una mujer es joven cuando su marido la posee juvenilmente, cuando ella siente que la lumbré quieta de sus senos en reposo se pone de repente a arder como una retama seca de verano. Hemos tenido hijos numerosos, porque mi sangre de patriarca se regocijaba lentamente cada vez que la sonrisa de mi mujer anunciaba un nuevo hijo. Ella era matriarca y cuando los hijos se le colgaban de los pechos, ella sonreía en el dulce misterio de la vida que nos manda el Señor.

Nuestros hijos todos, no están con nosotros. Unos han muerto, porque estaba escrito en el Libro de la Vida que no habían de pasar largo tiempo en la tierra. Otros han vivido junto a nos, los hemos crecido dándoles nuestro vigor de árbol, y luego se han marchado a hacer su hogar, que es bueno que cada hombre y cada mujer procrea en el sitio que el señor le tiene señalado desde el principio del mundo. Así nos quedamos poco a poco solos. Hasta que vino este hombre, viajero de muerte.

Un día él me dejó sólo, roturando el olivar para el próximo hacer. Y se vino hacía acá. Yo imagino y recuerdo el relato de agonía de ella. Venía con aspecto tranquilo y mi mujer le atendió con la misma bienandanza que ella siempre usó con todos, con la misma universal, sonrisa materna con que cada hombre lleno respetó su condición de mujer mía y madre de todos.

Pero él no venía con la sangre reposada del árbol que paso a paso crece y vive. Su sangre se le había despertado aquel día del color sombrío del corazón de David cuando mandó a Urías no volver de la batalla. Así lo cuenta la Biblia.

Ella luchó brava y en su ruda agonía de naufrago centelleó entre sus manos la escopeta que nunca falta en casa bien nacida y bien guardada. La misma que ahora acarician mis pies. La lucha fue entre la agonía de la sangre la maldad del demonio.

¡Yo creo en el Mal! Creo que está tan agarrado en el corazón del hombre como la propia Vida. El Bien y el Mal se combaten siempre sobre esa pirámide sagradamente roja donde cada uno de nuestros latidos difunde nuestra vida en el latir del universo. Nuestro corazón es una salvaje montaña de pasiones, donde habitan como hermanos la santidad del señor y la maldad de Satán. El orgullo, la Crueldad, la Sensualidad, la Avaricia y el Demonio, son allí fuerzas inmensas que luchan sin descanso contra la definición de la Naturaleza, la majestad del Bien, la suprema aspiración del Hombre, que no encuentra palabras fuertes y concretas con las que

definir las pasiones noblemente fuertes que deban oponerse una por una al Orgullo, la Crueldad, la Sensualidad, la Avaricia y el Demonio. Sólo encuentra las palabras Bien, Bondad, Fe, palabras vacías sin auténtica fuerza concreta y potencial. Esta ausencia de palabras es la que origina tantas veces el triunfo del Mal.

En la lucha ella venció. No fue de él. Pero la elección no incluía la palabra Vida, sino sólo Muerte o Ignominia. Y ella fue lo bastante fuerte para morir sin pecado, para aceptar el pudrirse prematuramente cuando aún tenía largos veranos que vivir, junto a mi sombra. Mi sombra, que ya se ha vuelto caduca y que no tiene fuerza siquiera para llevarse el pañuelo a la nariz e impedirle que derrame sus humores sobre mi boca.

Pero el vendrá. Y yo estaré quieto. Y yo confío en el Señor, que es el supremo justiciero. La Biblia, suma de la Verdad y el Bien, lo dice en sus palabras santas: El que a hierro mata, a hierro debe morir. ¡Muerte, pues, Muerte para quien administró la Muerte a quienes le ofrecieron sustento y albergue cuando él venía con desolación.

Lo digo sin odio, sin aspiraciones de profeta. Estoy seguro de lo que ha de ser. Hoy es el quinto día que espero sentado a mi puerta, sin moverme de la silla hasta que el dedo de Dios vivo aplaste al hombre que mató y violó la Verdad y el Bien.

El camino está ahora vacío, sólo lo llena el polvo que algún día seremos. Algún día, nuestros cuerpos, tierra, velarán sobre estos sembrados, empujados por el viento, porque aquí quiero que ella y yo seamos enterrados, previo el permiso de la Iglesia. Hemos criado hombres y mujeres, tierras y animales, y ésta será nuestro centro para toda la eterna vida de la materia. Nuestro espíritu, donde lo disponga el Señor.

Entretanto, una sombra ha nacido sobre el camino blanco que algún día seremos; Es la figura del viajero. ¡Tenía que venir! ¡Tenía que ser así! Estoy a punto de gritar. La sangre que me vive dentro se ha puesto de repente tumultuosa, después se ha apaciguado. Sí, eso es, debía ser así... Estoy a punto otra vez de gritar: ¡Sí, sí, sí...! El asesino vuelve donde existe su vida, donde su vida se ha comunicado durante un segundo con toda la vida del universo y en un alarido inmenso de inmensa muerte, con toda la vida de los asesinos que mataron antes que él y que ya murieron para siempre...

Viene despacio, pero sus pasos se arrastran como si una cadena implacable lo atrajera sin compasión desde dentro de la casa. Yo le miro a la cara, surcada de venillas blancas, que antaño fueron negras. No me he movido porque mis piernas están rígidas como garrotes, pero sobre su cabeza yo veo el dedo del Señor. Sí; este hombre, como yo he esperado siempre, ha caído en manos del Dios vivo. Lo dice la Biblia: "Terrible es caer en manos del Dios vivo".

Los ojos este hombre están desiertos de todo lo terrano. Navegan desde dentro de los tiempos en esa isla de sangre aquietada donde se mecen dulcemente los muertos, esperando la paz eterna sin medida ni principio.

Se ha parado delante de mí. Yo espero sentado en mi silla de cinco días. Yo me dejo adormecer en el poderío santo de las fuerzas santas e invisibles. Mi nariz ha musitado despacio su humor sobre mi boca que ahora se siente impasible, prieta de santidad.

Mis rodillas sienten reflejos de azogue frío y crispante. Mis ojos relucen, esperando. Esperando, esperando, esperando... Siempre, siempre, siempre... El viajero se lleva la mano a la cabeza, como intentando recordar algo.

Yo le veo, ahora siento que el dedo de Dios vivo le oprime con su ímpetu soberano y justiciero. La tarde se ha llenado de un rumor escarlata, el valle se ha abalanzado terrible sobre la montaña y la montaña sobre el valle y el sol ha volado, redondo de azufre sangriento, incendiándolo todo en una veloz comunicación con lo sobrenatural y el azul del cielo se ha vuelto totalmente rojo, queriendo arrollar con su sangre justiciera al maligno, representante del Mal.

El viajero se ha doblado, cogiendo la escopeta que yace a mis pies. Se ha alzado lento, ofreciéndomela. Yo he dicho No con los ojos, con los labios cerrados, con el corazón cerrado, porque ahora lo espero todo del juicio de Dios. El no dice nada. Espera. Luego, yo siento el disparo muy cerca de mí, mordiéndome en el cuello como una culebra terrible, queriéndome ahogar con su frenético olor liberado de pólvora humana. Después, lo miro muy despacio. El hombre que había ofendido a Dios y a la Humanidad, yace ahora con la cara vuelta al misterio del cielo. La paz torturada de su rostro es inmensa en su soledad.

Me levanto. Mis ojos se alzan hacía arriba, en acción de gracias. La existencia azul de lo alto recobra su dureza insoportable de zafiro, su imposible serenidad inmóvil.

Sí, el rayo del Señor se ha cumplido, como yo esperaba en mi fe. Este hombre, como en su destino estaba escrito, ha caído en manos del Dios vivo para morir. Ya está más allá. También pronto formará parte del polvo de algún camino.

Yo entro en la casa y voy adonde se pudre mi mujer desde hace cinco días. Mí mano ya busca el pañuelo para limpiar el polvo físico de mi boca, prieta aún de santidad.

Quisiera tener buena voz para cantar:

¡Hosanna, hosanna...!

Manuel Moreno Barranco

París, Julio 1.959

<http://www.manuelmoreno.info>